

7 Esta época

Paseando por Lexington Avenue, en la ciudad de Nueva York, mi mirada se posó en el escaparate de una florería. Me detuve para contemplar con más detenimiento su brillante despliegue de flores. Había en ellas algo que no parecía normal del todo. Entonces vi el cartelito, que explicaba que todas las flores del escaparate eran de plástico. Este minúsculo incidente me produjo una profunda impresión. En aquel escaparate, pensé, el mundo moderno se revelaba en toda su extraña y triste confusión.

Para empezar, una aparente racionalidad apenas ocultaba una sima de irracionalidad y absurdo. En el nivel más superficial, hay algo que decir en favor de estas plásticas imitaciones de flores. A menos que se las examine de cerca, se las huele y se las toque, parecen flores auténticas; pero, a diferencia de las flores auténticas, no se abaten, ni marchitan, ni mueren al cabo de unos días. Durarán semanas, meses, acaso años. Pero no son flores. Ni tampoco son—lo cual sería excusable—objetos decorativos reemplazando a las flores y dando quizá una sugerencia de las mismas, como una especie de tributo a un mundo evanescente. Son objetos de una sustancia sintética carente de vida, que simulan ser flores. Están hechas para personas que desean flores, siempre que no sean flores de verdad. Estamos andando a tientas en esa sima de irracionalidad y absurdo ya mencionada, lugar donde, falte lo que falte, no nos faltará compañía. Allí es donde muchos de nuestros contemporáneos tratan de vivir.

Sugiero que pensemos unos momentos en las flores verdaderas. Están vivas, como lo estamos nosotros, aunque, naturalmente, a su manera frágil, breve y exquisita. En el curso de unos días, florecen, se marchitan y desaparecen. ¡Y cuán insoportablemente doloroso sería esto si solo sucediese una vez en nuestra vida, si estas fresias que ahora perfuman el aire de este estudio desapareciesen muy pronto para siempre. (Pudiera decirse que esas fresias particulares *desaparecerán* para siempre, a lo cual solo puedo replicar que yo no las conozco como especímenes individuales.) Pero, al volver las estaciones, también vuelven las flores. Es esto, tanto como la belleza, fragilidad y brevedad de sus apariciones, lo que les permite

apoderarse con tanta firmeza de nuestro afecto y nuestra imaginación.

Estoy escribiendo tras el invierno más largo y crudo que ha conocido Inglaterra desde hace un siglo. Sin embargo, ya están floreciendo los acónitos y las campanillas de invierno y el azafrán más pequeño y amarillento, habiendo vencido a la dura tierra, y nuestros corazones vuelan hacia ellas. Es como si las flores se saliesen del Tiempo, renovasen algún sistema y principio de crecimiento en la Eternidad y desapareciesen otra vez en el Tiempo. Y, con este ritmo de vida y muerte y eterna renovación, el plástico moldeado y coloreado a semejanza de las flores no tiene nada que ver. Esas flores de plástico son cosas muertas, por así decir, abstraídas de la vida. También son productos típicos de nuestros días.

Es dentro del concepto de Tiempo, abstraído no solo de nuestra experiencia de sucesión, sino también de una hipótesis de mecanismo cósmico, donde la mayoría de la gente piensa ahora que existe. Ya he indicado cómo las ideas se filtran a niveles de inteligencia y sentimiento más amplios y comunes, hasta que, finalmente, son tomadas por sólidas realidades. Son precisamente los «realistas y de mucha trastienda» quienes, con excesiva frecuencia, se hallan en jaulas construidas con hipótesis ampliamente desacreditadas. Cumplen condenas de prisión tras muros y puertas que solo imaginan están allí. Nuestra última idea respecto al Tiempo es ahora un modo de vivir, para emplear una frase que solo se hizo de uso corriente después de que la mayoría de la gente no conseguía hallar un camino ni disfrutar mucho de la vida. Esta idea, de hecho, ha cambiado su carácter y cualidad. Ocurre esto porque, en el más amplio nivel de la humanidad, hasta donde se abrió paso finalmente, ninguna idea existe como tal, para ser aceptada o rechazada de una manera puramente intelectual. Se transforma en una creencia emocionalmente cargada, en un cuadro del mundo, en un guía para vivir. El resultado se puede descubrir fácilmente en la conversión de la gente en general.

Puede que no se haga mención del Tiempo. Pero solo tienen una vida que vivir, dicen,

y todo el mundo solo la tiene una vez y no puede volver a empezar, y haríamos bien en aprovecharla lo mejor posible mientras podamos, y el que tenga un poco de sentido común se asegurará su parte, aquí y ahora, porque no puede llevársela consigo, ¿verdad? Se dicen estas cosas como aseveraciones basadas en los hechos, de manera sencilla, aunque dándoles a menudo un tono retador o defensivo, como si se estuviese discutiendo con una abuela invisible, que creyera toda suerte de absurdos.

La conversación puede ir más lejos que esto, pero si se escucha cuidadosamente—como he hecho yo a menudo, con este tema en la mente—, pronto se descubrirá cuánto de ella puede retrotraerse a esta idea del Tiempo transformada en creencia. Aunque los Grandes Tiempos, los tiempos-del-sueño-eterno, las recurrencias y las eternidades puedan obsesionar todavía lo más oscuro de la mente, esta creencia conscientemente sustentada rechaza cualquier pensamiento de ellos. Existimos durante equis años, y luego, «cuando nos llega la hora», estamos muertos y enterrados. Pertenecemos por entero al tiempo que pasa. Cualquier experiencia que sugiera que podemos escapar a ello es pura fantasía, y si se repite y se insiste, se impone llamar al médico. Las ideas respecto a otra clase de tiempo son pura chifladura. ¿Qué dice la Ciencia? Porque la Ciencia sabe, ¿no es eso?

Algo extraño ha surgido de esta creencia. Es ciertamente uno de los rasgos únicos de nuestra época. Las mismas gentes que creen que el Tiempo las matará ineluctablemente, son también las mismas que insisten en «matar

el tiempo». Son esclavos que asesinan a su amo todas las noches. Para decirlo de otro modo, aquello que debería ser más precioso para ellos, puesto que creen que es todo lo que tienen, es arrojado como si fuera estiércol. Y si tiende a parecer estiércol, es porque el valor lo ha abandonado. Ahora bien, sé que aquí entran muchos factores en juego, la mayoría de ellos al margen de nuestro tema, y no quisiera dar la impresión de que estoy perdiendo todo sentido de proporción, pero me aventuraré a arriesgar la siguiente observación: que una de las razones por las que ha desaparecido el sentido del valor, radica en que un concepto, no relacionado con el valor, se ha transformado en una creencia emotivamente cargada que debería tener valor. Y, desde luego, lo tiene... pero de carácter negativo. La vida enteramente contenida en el tiempo que pasa, porción de años carentes de significado, no se percibe más preciosa que nunca, ni que sea preciosa en absoluto. El valor positivo ha huido de ella.

En cualquier periódico podríamos hallar una docena de pruebas de esto, en cuanto afecta a las masas. Sin embargo, prefiero ofrecer como ejemplo cierta actitud mental que me tuvo perplejo varios años. Como oponente activo contra las armas nucleares, no podía comprender por qué las masas, en todos los países interesados, se mostraban tan extrañamente apáticas. Esas gentes no se unían a nosotros para denunciar la Bomba, pero jamás hicieron el menor esfuerzo para defenderla. No estaban ni en favor ni en contra. Examinaban la cuestión con mirada inexpresiva y luego se alejaban.

No puedo imaginarme a las gentes de otros



La búsqueda obsesiva de la juventud es un síntoma de nuestra impresión de que vivimos enteramente contenidos en el tiempo que pasa. A la izquierda, interior de un salón de belleza. Arriba, un método más doloroso de rejuvenecimiento: el cutis es quemado para producir un rostro «nuevo» (derecha).